

# HISPANIA





# HISPANIA

REVISTA MENSUAL LITERARIA Y ARTÍSTICA

Editor - propietario :

HERMENEGILDO MIRALLES

Director literario :

EZEQUIEL BOIXET

Directores artísticos :

FRANCISCO MIQUEL y BADÍA; JOSE PASCÓ



## SUMARIO

LA NOVELA DE UNA NOCHE. . . . .	por J. O. Picón; ilustración de Vazquez, Mas y Fondevila y Pascó
IDA Y VUELTA . . . . .	por Daniel Ortíz; ilustración de R. Casas y Pascó
SENADO DEL CORRAL DE LA PACHECA . . . . .	por F. Domingo
IMPRESIONES DEL DESASTRE . . . . .	por Emilio Ferrari; ilustración de A. Clapés y Pascó
EL ESTORBO . . . . .	por M. Lassala; ilustración de J. Mir
FAUNA FLAMENCA . . . . .	por R. Canals

## SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA MERIENDA DE LOS PATOS . . . . .	por J. Mir
ARTE ANTIGUO . . . . .	por Francisco Miquel y Badía





# LA NOVELA DE UNA NOCHE

## I

Cuando Juan quedó huérfano tenía veinticinco años. Sus padres, los condes de Plateruela la Real, que murieron durante una epidemia con diferencia de pocas semanas, le dejaron muy rico, más que medianamente ilustrado y con esos hábitos de gran señor, casi siempre ridículos en quien los improvisa y, muchas veces, respetables en quien los hereda.

Pasado algún tiempo, Juan, que era aficionado á las artes, creyendo tener ultimados todos los asuntos de la testamentaria, resolvió hacer un largo viaje para estudiar los principales museos de pintura y las mejores colecciones de Europa, cuando de pronto un pariente lejano le disputó la posesión de dos casas, obligándole á litigar. Pensó en un principio aplazar su proyecto; mas, convencido de que el pleito sería largo, determinó confiar su encarrilamiento y dirección á un abogado con quien tenía gran amistad, y, encargándole también la administración de otras muchas fincas, emprendió la deseada expedición, fijando su residencia en París, desde donde hacía excursiones á Italia, Holanda é Inglaterra. Satisfaciendo esta inclinación de su espíritu, y otras menos puras á que le daban derecho su juventud, su gallarda figura y su riqueza, dejó pasar algunos años sin volver á España, durante los cuales y en virtud de tan prolongada ausencia, quedaron las amistades y relaciones que en Madrid tenía unas como en suspenso y otras olvidadas: únicamente se carteaba con su abogado y administrador, ya para pedirle fondos, ya para saber noticias del malhadado pleito, que se había hecho crónico. Así vivía entretenido en sus estudios de arte y amores de fácil logro, cuando recibió un telegrama que hizo indispensable su regreso. La mujer del abogado le participaba que su esposo había muerto de repente. Pudo entonces Juan encomendar á otra persona la prosecución del litigio; mas, dudando entre elegir administrador ó encargarse de gobernar su hacienda, determinó venir á Madrid, y á los cuatro días de recibida la noticia, acompañado de su ayuda de cámara, se apeaba del exprés en la estación del Norte.

Imaginando que arreglaría pronto sus asuntos, se alojó en una fonda, pero presto se convenció de que las cosas iban para largo: el pleito estaba enmarañadísimo, y la elección de administrador, tratándose de un hacendado que como él había de seguir acaso viviendo en el extranjero, era verdaderamente peligrosa; además, todas las dificultades aumentaban con la falta de aque-



llas amistades y relaciones que por su ausencia tenía descuidadas ó perdidas. Comprendiendo que su permanencia en Madrid no podía ser muy corta y no conviniéndole despedir á ninguno de los inquilinos que tenían arrendadas sus mejores fincas, determinó acomodarse provisionalmente en un caserón viejo, también suyo, el cual, al emprender el viaje, había



convertido en depósito de los muchos muebles y objetos artísticos que sus padres le dejaron.

Estaba este caserón situado á un kilómetro de Madrid, en una de esas carreteras cuya parte inmediata á la población se ha ido convirtiendo en calle con honores de paseo por la construcción de grandes centros de vecindad y *hoteles* de aristócratas de menor cuantía que pretenden vivir como potentados extranjeros. De los dos pisos que el vetusto caserón tenía, Juan dejó el alto para la servidumbre que hubo de tomar; y en la planta baja, cuya fachada principal tenía delante un pequeño espacio ajardinado, hizo su dormitorio, el comedor y un gran cuarto de trabajo á modo de estudio, que en un principio pensó no adornar, pero que luego, por ese horror á la desnudez de paredes que tiene toda persona de buen gusto, fué poco á poco llenando con los muebles, tapices, armas y pinturas que en la misma casa conservaba guardados.

Ello fué que, como sus ocupaciones, aunque importantes, eran pocas y le sobraba tiempo, se entretuvo en alhajar la habitación, convirtiéndola en un pequeño museo.

Hasta entonces no había podido darse exacta cuenta de lo mucho y bueno que sus padres le dejaron. Claro está que mientras anduvo errante por naciones extrañas se acordó de la media docena de obras de valor excepcional que poseía: el *Nacimiento de Cristo*, del *Grecco*, la cabeza sin concluir de Felipe IV, que parecía de Velázquez, la *Magdalena*, de Zurbarán, y los dos retratos de sus abuelas, hechos por Goya, no habían de borrarse de la memoria; pero aquel aluvión de cuadros buenos italianos, españoles y flamencos que en presencia suya se fueron

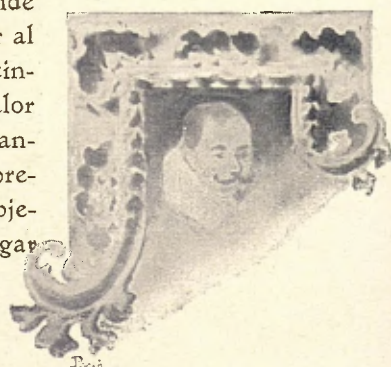
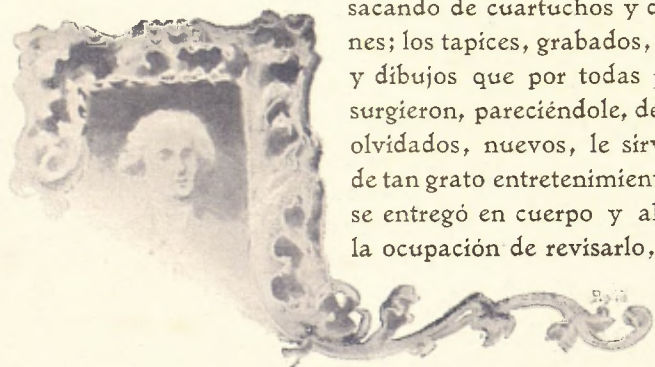
sacando de cuartuchos y desvanes; los tapices, grabados, libros y dibujos que por todas partes surgieron, pareciéndole, de puro olvidados, nuevos, le sirvieron de tan grato entretenimiento que se entregó en cuerpo y alma á la ocupación de revisarlo, orde-

narlo y colocarlo todo, hasta crear un conjunto superior al de colecciones que en el extranjero le habían hecho sentir la amargura de la envidia.

Por los menestrales que empleó y las habladurías de los vecinos se supo en Madrid que el conde de Plateruela había vuelto de su largo viaje y que estaba arreglándose para vivir aquel desartado caserón donde en antigüedades y pinturas tenía una fortuna, comentando cada cual la noticia según su entendimiento. Unos afirmaban que el no haber desalojado á los inquilinos de alguna de las hermosas fincas que poseía en el centro de Madrid, para habitarla, era prueba de tacañería y mezquindad; mientras otros, más discretos, sostenían que para no residir fijamente en Madrid no había menester más suntuosa morada, amén de parecerles muy señoril y castizo aquel modo de disponer y alhajar su casa á la antigua usanza española, en un edificio sencillo y modesto en lo exterior y dentro lleno de preciosidades y riquezas.

Realmente, Juan dispuso las cosas de modo que, entre el deseo de hacer investigación y recuento de lo que iba descubriendo y el agrado de gozarlo, fué poco á poco encariñándose

con la idea de tener casa puesta en Madrid, hasta que acabó por amueblarla y engalanarla toda. Lo más notable era su cuarto de trabajo. Quien fuese poco observador no experimentaría al verlo sino la vulgar impresión que causa la riqueza; mas quien supiese penetrar el alma de las cosas, acertando á colegir y apreciar lo que puede ser un hombre deduciéndolo de aquello con que se rodea y complace, fácilmente comprendería que el dueño y ordenador de cuanto había en aquella estancia era de los elegidos que sienten el influjo de la belleza, gozan con ella y le conceden parte tan grande de su vida que no dejan lugar al mal ni resquicio libre á la ruindad. Lo de menos era el valor de lo coleccionado: lo interesante, la inteligencia que había presidido á la elección de cada objeto, el tino en designar el lugar



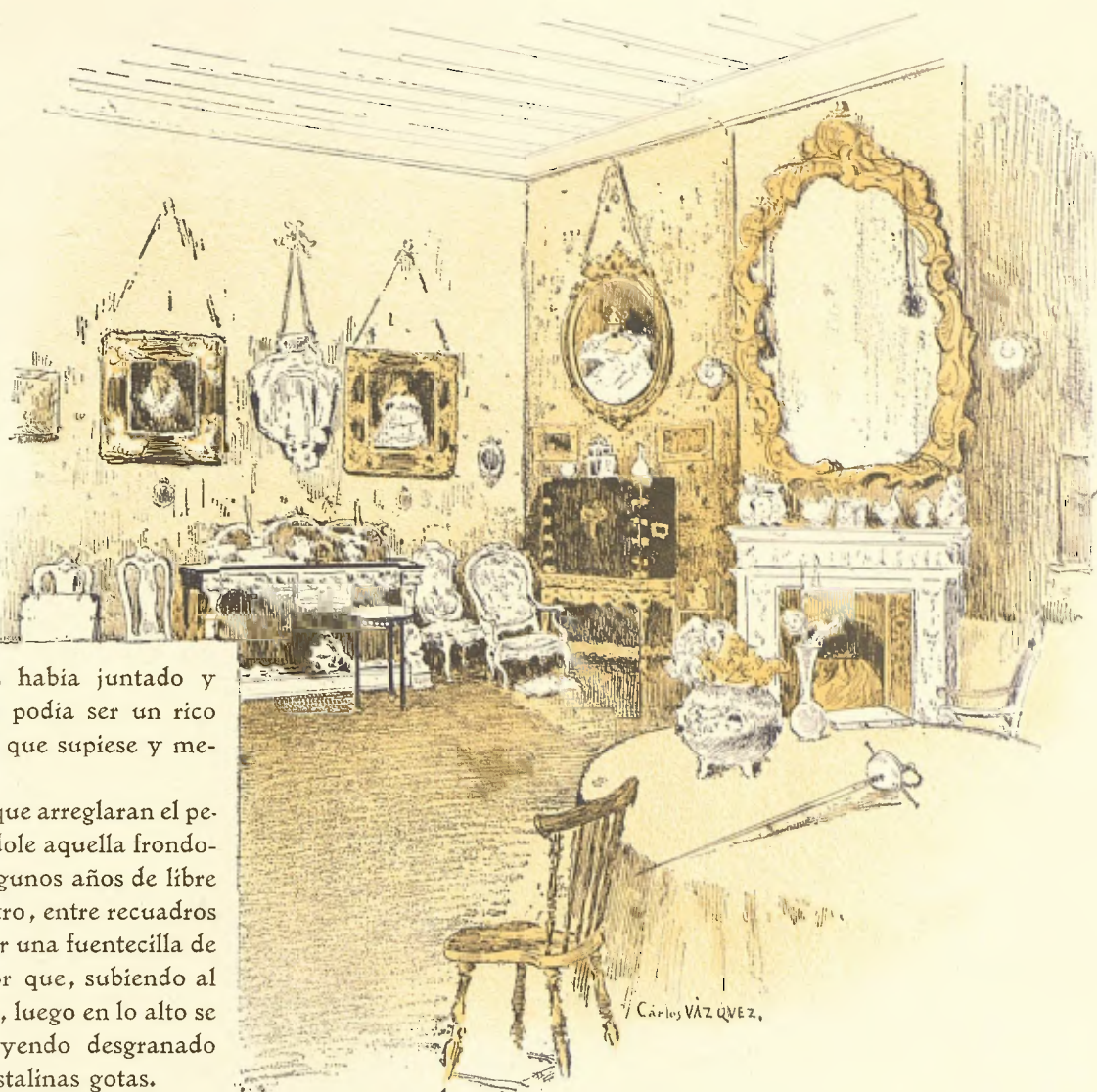


que ocupaba, y el aspecto de la totalidad, donde hasta las piezas más opuestas parecían hermanadas y armonizadas en un conjunto de tan sin igual primor, que las cosas plebeyas parecían aristocráticas y las demasiado suntuosas pasaban por sencillas. Pinturas, estatuillas, relieves, tejidos, tablas, mármoles y dibujos, prodigios de la paleta, del cincel, del telar y de la forja, declaraban que quien los había juntado y en ellos se deleitaba no podía ser un rico cualquiera, sino alguien que supiese y mereciese serlo.

Juan dispuso también que arreglaran el pequeño jardín, conservándole aquella frondosidad consecuencia de algunos años de libre crecimiento; y en su centro, entre recuadros de rosales, mandó colocar una fuente que, subiendo al aire con violento empuje, luego en lo alto se encorbaba y rompía, cayendo desgranado al pilón en ruidosas y cristalinas gotas.

En un ángulo de este jardínillo y al borde de la carretera se alzaba un cenador de hierro cubierto de plantas trepadoras y guarnecido de persianas pintadas de verde, dispuestas con tal habilidad que permitían ver todo lo que pasaba por el camino sin que desde fuera pudiese ser descubierto quien estuviere dentro. A este cenador bajaba Juan a tomar café y leer siempre que el tiempo se lo permitía, permaneciendo allí largos ratos, ya entretenido con libros y periódicos, ya dejando correr esas horas de tristeza alegre y de alegría triste en que gusta al hombre quedarse con su pensamiento a solas.

Así estaba una tarde de las últimas de otoño, mirando distraídamente la gente que pasaba por la calle, cuando de la parte opuesta a Madrid y en dirección a éste vio venir, andando lentamente, una señora sola seguida a corta distancia por una berlina cuyos caballos caminaban al paso. Como iba muy despacio, pudo verla bien. Era rubia, la tez blanca, las facciones delicadas, los labios finos y algo pálidos, los ojos grandes y azules; el pelo, tirando a rojo caliente, entremezclado de hebras de oro, parecía pintado y ondulado con habilidad suma. Lo verdaderamente hermoso era el cuerpo: se conocía que no lo



llevaba oprimido por el corsé: el pecho, firme y sobriamente modelado, debía de ser precioso y al andar, por el sitio en que bajo la falda se le marcaba la rodilla, indicaba a cada paso la proporción admirable de sus piernas. Sus movimientos tenían más de lánguidos que de airosos: en el gusto que daba verla entraba por más la elegancia que la gracia: su aspecto era el propio de esas beldades serenas que, seguras de imponerse, se cuidan poco de agradar. Estaba vestida con estudiada sencillez: su traje de lanilla gris claro y liso no tenía adorno, lazo ni pliegue que pudiera desviar la mirada de las líneas del cuerpo; los guantes y el sombrero eran negros; la sombrilla de seda roja muy brillante, así que, cuando la ponía contra el sol para resguardarse de sus rayos, que ya venían casi horizontales, la luz tamizada al revés de la tela le coloreaba la cabeza con un arrebol delicadísimo, y entonces su rostro, impasible y pálido, parecía una flor blanca sobre la cual pasara muy alto una nube de fuego. Tenía más de estatua animada que de vulgar criatura humana. Aquella mujer debía de hablar despacio, como andaba; su voz debía de ser suave, pero acaso poco timbrada; y, a juzgar por la íntima relación que suele existir entre lo físico y lo espiritual,





no prometía ser de las que se impacientan cuando esperan y sufren cuando sienten.

Juan la siguió con la mirada hasta perderla de vista. Era indudablemente hermosa, pero á él se lo pareció más porque hacía tiempo que no se fijaba en ninguna.

Durante varios días pasó casi á la misma hora, llevando siempre detrás el coche. Juan la esperaba ya con afán de verla, persuadido de que ni en Viena, ni en París, ni en Roma había encontrado beldad igual. Su esbeltez, su elegancia, le cautivaban: debía de tener el cuerpo algo largo y no muy carnoso, semejante á los de las ninfas y diosas creadas por los artistas franceses del siglo pasado: en los techos de Versailles recordaba haber visto figuras semejantes, y en el Louvre miniaturas y pasteles con rostros iguales, donde la altivez está hermanada con la gracia: así debían de ser, así fueron indudablemente, aquellas damas de la camarilla de María Antonieta en quienes el tipo, el traje, los modales y hasta las ropas eran formas distintas de la tentación y aperitivos del pecado. Y Juan se complacía en la vaga sensualidad de que venían bañadas sus impresiones, esforzándose en convencerse de que aquello no era más que la influencia de la hermosura en la existencia de un hombre que llevaba algún tiempo sin hacer caso de mujeres, algo como el desquite, la venganza de la belleza viva y humana por él humillada y postergada á la belleza artística.

Pero, si no era más que esto, ¿por qué experimentaba simultáneamente otras impresiones de distinta índole? ¿Por qué, cuando estaba solo de noche en aquel cuarto que arregló con tanto primor, se sorprendía á sí mismo triste sin causa y pensando en ella con intención limpia de toda impureza? Entonces se daba cuenta de que había estado leyendo maquinalmente sin enterarse;

y otras veces, sufriendo la secreta sugestión de las cosas que despiertan ideas y espolean sentimientos, se quedaba mirando un diván, un cojín, un espejo, ocurriéndosele que allí debía ella estar reclinada, apoyados los pies en aquel almohadón, reflejándose en aquella luna su gentil figura, mientras la lámpara colocada á su espalda pusiera reflejos de oro en los rizos de su peinado deshecho; y, al creer verla así y tenerla á su alcance, no le parecía turbadora ni provocativa, antes al contrario la contemplaba quieta y pacíficamente, cual si ya le hubiese pertenecido, con ese placer reposado y apacible en que la pasión deleita sin consumir, como fuego que calienta y no abrasa.

Finalmente, por gestiones de su ayuda de cámara, en quien tenía el Conde grandísima confianza, averiguó antecedentes que le importaba saber. Aquella señora tenía veintiocho años y era viuda de un diplomático. Á pesar de su elegancia y su carruaje, andaba lejos de ser rica; vivía con forzada y relativa modestia en un *hotelito* de aquella misma calle, finca de poquísimo valor, pero mediante la cual podía sin mentir afirmar que tenía casa propia; pagaba á plazos á costureras y modistas; y, según la gente de escalera abajo, los gastos de tocador y coche eran para ella más importantes que los del comedor y la cocina; se trataba con lo mejor de Madrid, no se la conocía amante y se llamaba Luisa.

De todas estas circunstancias, la única á que Juan dió importancia fué la referente á su virtud; el gran disgusto hubiera sido que fuese casada: la gran alegría consistió en saber que era honrada. Los veintiocho años le tenían sin cuidado, porque apenas representaba veinticuatro y estaba en plena hermosura. Los defectos de vanidad le parecían disculpables. Pues si una mujer joven y bonita no es algo vanidosa ¿quién va á serlo? Juan





pensó además que él la corregiría, y, en último caso, ¿qué necesidad tenía de corregirla si aquella vanidad era de esa inocente y trivial que sólo estriba en engalanarse para agradar?

Estos quebraderos de cabeza le preocupaban, cuando cierto día, paseando por las calles céntricas de Madrid, vió en la muestra de un fotógrafo un retrato de Luísa: sin duda debió de hacérselo para un baile de disfraces en alguna fiesta aristocrática, porque estaba formando grupo con otra señora que sería su amiga; esta también muy guapa, y ambas vestidas según la moda francesa del primer imperio: peinado alto con diadema y plumas, zapatos y medias de seda, falda tan estrecha y ceñida que de cintura para abajo no quedaba en su persona línea que no se revelase, y el cuerpo tan corto y escotado que mostraba casi desnudos pecho y espalda. Aparte la elegancia y color de época, la verdad era que no parecían señoras, sino comiquillas de esas para quienes el teatro es tercero y la escena escaparate. El escote de Luísa era aún más descarado que el de la otra. Juan recibió con esto impresión muy triste: la hermosura de lo que su adorada enseñaba no indemnizaba del disgusto producido por su poco pudor. Subió con pretexto de retratarse, trabó conversación con un dependiente, y, mostrándose generoso, al principio con un cigarro y luego con veladas ofertas, consiguió de él, primero, la promesa de que procuraría con maña que su amo quitase del portal el doble retrato, y, segundo, que aquella misma semana le haría secretamente y le mandaría una prueba de la fotografía, pero con sólo la figura de Luísa, desvaneciendo y suprimiendo la de su amiga con el mayor cuidado.

Como dádivas quebrantan peñas, aquel hombre cumplió ambas promesas: á los ocho días la fotografía de las dos señoras escandalosamente escotadas había desaparecido de la muestra, y el conde tenía

sobre su mesa de despacho una prueba primorosamente tirada en que la figura de Luísa estaba sola. Primero la puso sobre un mueblecillo de ébano;

después la mudó de sitio varias veces, deseoso juntamente de tenerla al alcance de la mirada y de que no llamara la atención de quien allí entrase. Por fin la colocó á un extremo de la habitación, en una mesita de mosaico, detrás de un marco de plata que encerraba un esmalte italiano del Renacimiento.

Entre contemplar aquel retrato y estarse horas enteras en el cenador del jardín esperando que el original saliera de su casa ó volviera, se le pasaba el día, aunque no lograra verla más que un instante. Nunca intentó seguirla, como si temiese hacer un descubrimiento amargo; y aquel hombre, que había corrido media Europa, acostumbrado á ver y lograr mujeres de extraordinaria hermosura; él que á ninguna rindió más tributo que el de la generosidad; él, á quien ninguna quitó el sueño, vino á estar respecto de ésta en la más extraña situación de ánimo; porque unos días se suponía realmente enamorado y otros creía ser juguete de un capricho medio sensual, medio platónico, sin que pudiera arrancársela del pensamiento, pues cuando no andaba haciendo conjeturas sobre sus excelencias morales tenía ocupados torpemente los sentidos en la terca visión de sus encantos, y tan pronto imaginaba satisfacer en ellos lo menos espiritual de la pasión como presumía haber topado con la compañera para toda la vida, dulce y severa, comunicativa y dis-

creta, inteligente y mimosa, sensual y púdica, la ideal, la soñada, la que, al par que lo calma, purifica y perpetúa el desordenado amor que inspira.

Por fin, con tales fantaseos dió en melancólico y triston, apoderándose de él ese aburrimiento terrible que es consecuencia de no saber el hombre á punto fijo lo que quiere ni cómo lo desea.

J. O. PICÓN

(Concluirá en el próximo número)





ILUSTRACION  
DE R. CASAS



I

Dos muchachos elegantes,  
al *sport* aficionados,  
ricos, feos, ignorantes,  
y hasta desequilibrados,  
con grato placer se dieron  
á la amistad más completa  
en la pista en que aprendieron  
á montar la bicicleta.  
Siempre entusiastas del *velo*,  
con las máquinas rodaron  
de cabeza por el suelo,  
y ¡es claro! simpatizaron.  
Y fué tanto su rodar,  
y caerse haciendo el bú,  
que llegaron á intimar  
y á llamarse tú por tú.  
Uno de ellos era flaco...  
¡un cerrado parasol!  
que detestaba el tabaco,  
las mujeres y el alcohol.  
Como un charlatan hablaba  
dando pena al que le oía,  
pues las *erres* desterraba  
y en *eles* las convertía.  
El otro, gordo y sencillo,  
de igual manera que el flaco,  
no fumaba ni un pitillo,  
y odiaba á Venus y á Baco.  
Eran dos que echaban pestes  
contra el vicio en general.  
¡Eran Pilades y Orestes  
unidos por el pedal!  
Cuando, tras mucho aprender,  
pudieron los dos al fin,  
sin peligro de caer,

sostenerse en el sillín,  
á la calle se lanzaron  
con espíritu valiente...  
¡y todo lo atropellaron!  
¡perros, carruajes y gente!  
Siendo los dos detenidos,  
á la prevención llevados,  
y después de apercebidos,  
debidamente multados.  
Y cuantas veces salían  
por las calles, es lo bueno  
que otras tantas repetían  
las hazañas del estreno.  
Así es que para evitar  
cosas poco lisonjeras,  
resolvieron pedalear,  
en *tandem*, por las afueras.

II

Al hacer la exposición  
olvidaba ¡voto á San!  
que el ciclista gordinflon  
tiene por nombre Cenón;  
el otro se llama Juan.

III

Por fin les llegó el momento  
en que montados los dos  
salen llenos de contento  
en paz y gracia de Dios.  
Y con los ojos cerrados,  
dando con fuerza al pedal,  
se metieron disparados,

con torpeza sin igual,  
que al mismo cielo clamaba,  
de un *carrí-cuba* en la popa  
que los paseos regaba...  
y les puso como sopa.  
Al ver aquel chapuzón  
imposible de evitar,  
el irascible Cenón  
no hacía más que gritar;  
mientras Juanito decía  
lleno de candor.—«¡Dios mío!  
¡que fuéramos no sabía  
dos plantas de legadio!  
Cenón muestra buen talante  
porque esto ha pasado ya,  
y sigamos adelante,  
el aile nos secalá.»  
Vuelta al *tandem* con gran priesa,  
hasta dar, á la ventura,  
con un paso que atraviesa  
varios campos de verdura,  
donde están los aldeanos  
que tiran á cosecheros  
manejando con las manos  
*aromosos pebeteros*.  
Aquel ambiente letal  
envuelve á los infelices  
que, por miedo á hallarse mal,  
aprisionan sus narices;  
diciendo el bueno Cenon  
en medio de su quebranto :  
—«¡Ay, Juan de mi corazón,  
esta es la peste de Otranto!  
Si este riego mucho dura,  
tendremos la gran chiripa  
de salir de esta aventura  
*culottados* como pipa.»





—«No me hables, dijo Juanito,  
 porque de cólela estallo.  
 Este aloma, te lepito,  
 es mejol no meneallo.  
 Huyamos sin más lecato,  
 quelidísimo Cenón.»

—«Yo he perdido ya el olfato.»

—«Y yo la lespilación.»

Y con brío, á la carrera,  
 por el olor empujados,  
 al tomar la carretera  
 se conceptuaron salvados.  
 Pero esos fueron sus yerros,  
 porque allí los aldeanos  
 les azuzaron los perros  
 de los pueblos comarcanos.  
 Y una lucha se empeñó  
 de aullidos y maldiciones  
 que prontamente tomó  
 colosales proporciones.  
 Siendo los dos desgraciados  
 en esta perruna guerra  
 mordidos y desmontados,  
 y revolcados por tierra.  
 Cuando los perros se fueron,  
 después de haberse ensañado,  
 y los ciclistas se vieron  
 ante el *tandem* destrozado,  
 murmuró Cenón con hiel:

—«Habrà que ejercer de potros.  
 Hemos venido sobre él;  
 volverá sobre nosotros.  
 Que por suerte ó por trabajo  
 dice una ley soberana  
 que lo que hoy está debajo  
 encima estará mañana.»

Y después de este compendio,  
 con la máquina cargaron,  
 y llenos de vilipendio  
 á la ciudad regresaron.

DANIEL ORTIZ







SENADO DEL CORRAL DE LA PACHECA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO  
COMPOSICION DE F. DOMINGO



Febrero de 1899







## IMPRESIONES DEL DESASTRE

### SONETOS

I

#### En defensa de Don Quijote

Oigo, tiempo hace, al interés grosero  
culpar de nuestra ruina y desventura  
á aquella tu romántica locura,  
¡oh! audaz y asendereado caballero.

Por ti desenvainamos el acero,  
sin medir del contrario la estatura;  
y por ti nos ceñimos la armadura  
frente á la sinrazón y al desafuero.

No. ¡ Voto á Dios! Ya es tal nuestra mudanza  
que nadie habrá tan sandio que no note  
donde la ruina superchería alcanza;

pues tras el yelmo y con tu empresa y mote,  
hoy en parodia vil es Sancho Panza  
quien empuña el lanzón de Don Quijote.

II

#### Derrumbamiento

Al ver, de pronto, el ideal sublime  
de todo el siglo á nuestros pies deshecho,  
mientras el diós de la barbarie, el hecho,  
ciego y brutal, el universo oprime;

Cuando no hay ya quien su opinión estime  
ni tenga en más la fama que el provecho,  
cuando la fuerza triunfa del derecho,  
y la razón amordazada gime;

Cuando al golpe que mata y envilece  
no mana sangre, sino pus la herida  
de esta España que España no parece,

ante la patria, sin luchar vencida,  
en el semblante el deshonor escuece,  
y da vergüenza conservar la vida.



### III

#### Protesta

Descendencia de Eróstrato, insensata,  
arrastrada al suicidio ciegamente  
por el furor de un vértigo creciente  
que su senil degradación delata,

con la audaz negación que nada acata,  
con la cínica burla disolvente,  
con el sofisma, que corrompe y miente,  
con el sarcasmo, que denigra y mata,

el edificio de la patria historia  
minando fuimos á la luz siniestra  
de una infecunda Crítica irrisoria;

si hoy cae al golpe de enemiga diestra,  
no atribuyais al vencedor tal gloria:  
la catástrofe horrible es obra nuestra.

### IV

#### El ambiente

¿Quién no es culpable? La corriente clara,  
ahora ya río desbordado y lleno,  
se enturbió con el fango que en su seno  
cada cual de nosotros arrojará;

y hoy mientras nos arrolla y nos separa,  
en lugar de atajar su desenfreno,  
gozamos en lanzarnos ese cieno  
los unos á los otros á la cara.

Cuando rotos los vínculos humanos  
todo se prostituye y se falsea,  
y el bien y la virtud son nombres vanos,

¡oh! corruptora sociedad atea,  
¿con qué derecho acusa á los gusanos  
la misma podredumbre que los crea?

### V

#### Noche en la conciencia

Astro del siglo, que á su vez declina,  
también el sol de la razón se apaga,  
y la desolación de esta hora aciaga  
con su triste crepúsculo ilumina.

Nueva Babel, la cólera divina  
las lenguas confundió; todo naufraga,  
y el hombre, á tientas, y entre sombras vaga  
por los escombros de la inmensa ruina.

No extrañéis, pues, que con la noche oscura  
que sigilosa impunidad procura  
los siniestros peligros se aproximen;

no, no extrañéis si las maldades crecen,  
que esas tinieblas la ocasión ofrecen,  
y hermanos son la obscuridad y el crimen.

### VI

#### Surge et ambula

Más que esa España que en despojos yace,  
más que la ruina y que el desastre mismo,  
aterra el silencioso cataclismo  
de otra España moral que se deshace.

Ni una voz indignada que rechace  
tamaño humillación, sólo egoísmo,  
que aletargado al borde del abismo  
sus instintos de bestia satisface.

Crítico y angustioso es el momento;  
despiértese al peligro la conciencia,  
ya que no al salvador sacudimiento.

Que en la lucha á que Dios hoy nos sentencia  
es una deserción el desaliento,  
y una complicidad la indiferencia.

EMILIO FERKARI



Pascó  
99



## EL ESTORBO

A eso de las nueve, mientras D. Tadeo Salazar comenzaba á dar rienda suelta á su grandilocuencia en el «Centro de la Derecha Dinástica» á propósito del «Régimen de las Colonias,» hubo una alarma repentina en su domicilio. El padre de Salazar, ex empleado de Fomento, había decaído mucho últimamente, y de dos meses á aquella parte mostraba claras señales de demencia. Amalia, la nuera, sobrellevaba con resignación y buen ánimo todas las incomodidades ancjas á una situación tan penosa; mas aquella noche empezó á sobrecogerse: el buen señor se disparaba.

Pocos momentos después de haber entrado el anciano en su habitación para acostarse, se oyeron grandes gritos y la voz de Julián, el camarero, que llamaba á las muchachas. Entraron las doncellas seguidas de Amalia y vieron al enfermo sentado en el borde de la cama, á medio desnudar, dando aullidos, con las manos levantadas al cielo y el agujero negro de la boca rugiendo entre la barba blanca. La sombra del cuerpo y de los brazos se proyectaba en la pared, se alargaba hasta el techo con una elasticidad mareante, y D. Diego Salazar, con la calva ebúrnea, los ojos fosforescentes, el pelo revuelto y la actitud trágica, era la viva imagen del rey Lear.

— ¡Por Dios, papá; no grite V. así! ¿Qué van á decir los vecinos?

— Señor, — decía Julián; — tome V. un sorbo de la medicina para que se le calmen los nervios.

— ¿Qué le duele á usted? — preguntaban las chicas.

No le dolía nada, no se quejaba de nada: aquella era una vociferación automática, enteramente hueca, sin ideas ni palabras.

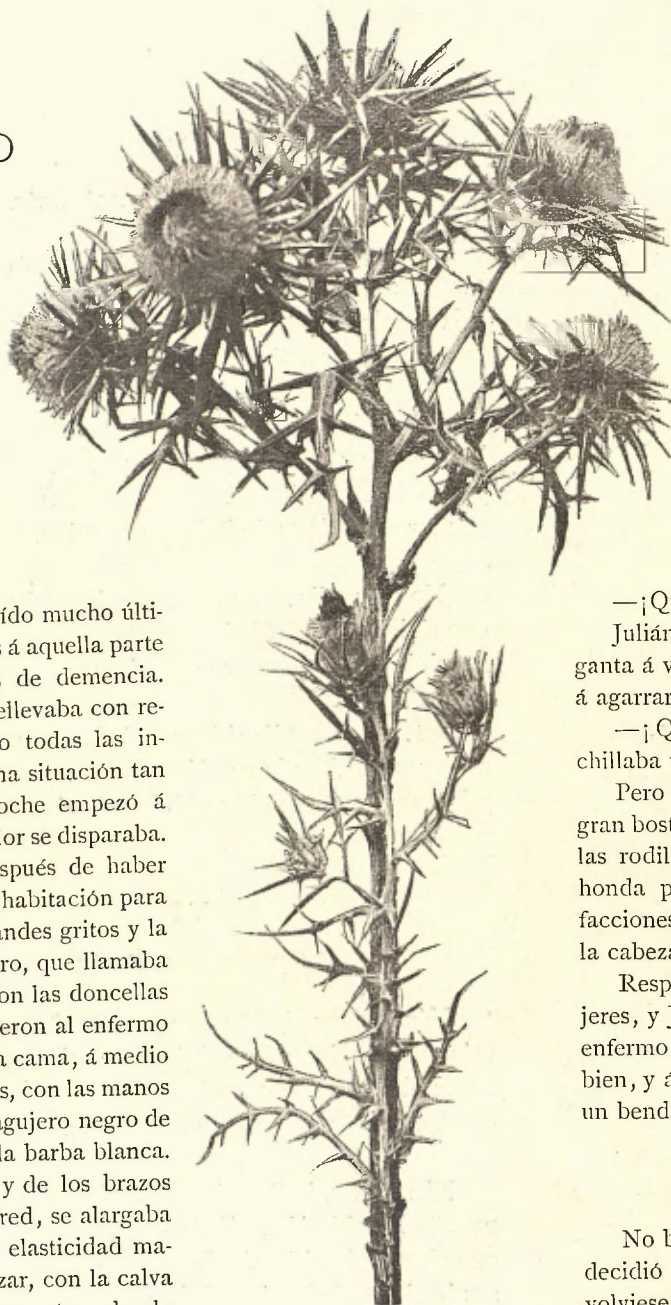
— Señorita: ¿voy por el médico? — insinuaba el camarero.

— Eso habrás de hacer. Pero no, no nos dejes solas: trae acá el cordial, á ver si logramos dárselo. Pero ¡papá, por Dios, no grite usted! Vaya, tómese un sorbito.

El loco cesó bruscamente de bramar y, con la mano, rechazó la pócima.

— ¡Fuera, fuera, fuera! ¡La copa florentina! ¡Arsénicoool!

Y otra vez retemblaron las paredes con los gritos estentóreos: las vidrieras vibraban, se llenaba la casa del alboroto, Julián estaba azoradísimo y las mujeres indecisas y medrosas.



— ¡Ay, señorita, señorita, que le va á dar algo!

Parecía mentira que el pobre señor tuviese tan colosales pulmones.

Súbitamente, la acción tomó un nuevo rumbo: á la vociferación siguió un intento de suicidio: con las flacas manos crispadas, el viejo se atenazaba el cuello entre los mechones de la barba, y en voz baja y sorda repetía incesantemente:

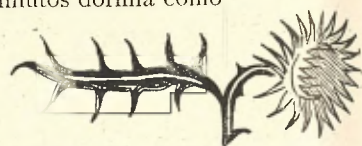
— ¡Quiero morir! ¡Quiero moriiiir!...

Julián le separó las manos de la garganta á viva fuerza, pero al punto volvió á agarrarse.

— ¡Que se mata! ¡Que se mata! — chillaba una doncella.

Pero no: á poco el insensato dió un gran bostezo y, juntando las manos entre las rodillas, quedóse en una actitud de honda pena: los ojos mortecinos, las facciones lacias, el cuerpo encorvado, la cabeza pendiente.

Respiraron con desahogo las tres mujeres, y Julián, cariñosamente, rogó al enfermo que se acostara. Lo arroparon bien, y á los diez minutos dormía como un bendito.



No bien repuesta del susto, Amalia decidió aguardar á su marido, aunque volviese tarde, para contarle lo que había pasado, y entró en el despacho del distinguido hombre público, donde la chimenea estaba siempre encendida. Tenía una predilección especial por aquel templo ó tabernáculo de la sabiduría de su esposo, adornado con retratos de todos los ambiciosos célebres, vestido de libros seriotos y compactos. — ¡Cuánto talento se necesita — pensaba ella — para saberse todo eso!

Menos de tres años antes Amalia era todavía soltera. El elocuente letrado tuvo el acierto de mezclar lo útil con lo agradable, y, muy ceremonioso, elevó hasta las alturas de su tálamo á una rica heredera, mucho más joven que él, bonita y de un carácter jovial y expansivo. Como hombre superior, no estimó en desdoro de su fresca consorte las formas algo macizas del cuerpo, la demasiada rubicundez del cutis, la penuria de conocimientos clásicos ni el robusto apetito que alimentaba su lozanía, aunque esto último fué siempre materia de asombro para Salazar, que desde muy joven padecía de dispepsia.

Amalia, á pesar del cariño y del respeto que profesaba á su marido, no acababa de aclimatarse en el jardín retórico del abogado: sentía por instinto la inutilidad de su



retozona juventud entre un hombre hecho que dedicaba todos los minutos del día á trascendentales ocupaciones, que hablaba como un libro y se acostaba con guantes, y un suegro ido y machacón con el que tenía deberes filiales que cumplir y de quien ninguna caricia podía esperar en retorno. El pobre señor se había convertido por su enfermedad en una molestia constante: si le daba por no comer, Amalia tenía que discurrir para instarle y disuadirle de su empeño, temerosa de que por falta de alimento se pusiese peor: era menester ponerle la cuchara en la boca, repetir la intentona al poco rato si se enfadaba, cuidar de que se cumpliesen las prescripciones de los facultativos, variar de condimentos, sacarlo á paseo, rezar horas enteras. Si no dormía, Amalia le había de dar conversación, muerta de sueño, porque ella sentía imperiosamente las comunes necesidades del organismo. Otras veces se ponía majadero, lloraba sin lágrimas toda una tarde y oprimía el corazón ver tan afligido al buen hombre y no saber cómo consolarle.

Si le daba por hablar y referir historias fiambres era un sufrir, porque perdía el hilo, no daba con las expresiones, y Amalia se las había de adivinar, y presto, si no quería que se enojase. Por la mañana, muy temprano, ya estaba despierto (los locos son muy madrugadores), y en cuanto abría los ojos se lamentaba acerbamente de su abandono y Amalia tenía que echarse un peinador y correr al lado del enfermo. Durante las primeras semanas la nuera hizo todo esto con gusto: más adelante lo tomó con resignación: ahora ya le faltaba la paciencia, y la escenta de aquella noche le había descubierto una perspectiva algo semejante á una cuesta muy empinada.

La señora de Salazar se decía, allá en lo íntimo de su alma, que dentro del hogar del hombre parlamentario faltaba una compensación al tedio de la mujer amante pospuesta á los grandes intereses de la patria y ocupada en menesteres de enfermería: la dulce y suficiente compensación tomaba en su deseo la forma de un niño panzudito, tragón, sonrosado, en quien demostrar los grandes alientos que tenía para nodriza. Pero no le cabría tanta suerte.

Antes de media noche, D. Tadeo entró en el despacho. Dejó el abrigo sobre una silla y perfiló el cuerpo enlevitado y recto. Era de alta estatura, enjuto de estómago, con

hermosa frente reflexiva, nariz aguileña y barba negra. No traía la palidez solemne y el gesto tribunicio con que se presentó en el Centro, cuando todavía llevaba entre el pecho y la espalda el substancioso discurso: se había desahogado ya, los nervios no le tiraban, y el roción de aplausos y felicitaciones, como una aspersión benéfica, le había dejado frescura en el cerebro, suavidad en el corazón y color en las mejillas.

— Amalia, hija mía: ¡tan tarde y aun estás aquí!

Ella refirió menudamente el susto que les había dado el pobre papá y cómo, á su parecer, podía ocurrir una atrocidad si aquello se repetía.

— Por el tono y por la timidez con que te expresas—replicó Salazar— conjeturo que no das á la noticia los vuelos que necesita la aprensión en que estás. ¿Es que te cansa la enfermedad de mi padre?

— Cansarme no, pero he oído decir á los médicos que quizá sería bueno para él variar de... vamos, algo así como una casa de campo.

— Comprendo;

un manicomio. Nunca seré tan ingrato, Amalia. Á sus desvelos y sacrificios debo todo lo que soy, y el corazón me sangra al pensar que mi padre pueda hallarse entre gente mercenaria, lejos de nuestro hogar, deshaciéndose día tras día en el olvido, como un trasto que ya no sirve.

— Sí, tienes razón.

— Claro que la tengo: no se echa de casa á un demente inofensivo que á nadie molesta y que apenas da que hacer.

— ¡Pobre papá! Hasta ahora no se había alborotado; pero mira, Tadeo: aunque yo lo hago con mucho gusto, la verdad, sí que da que hacer: tú no lo sabes porque no estás nunca en casa.

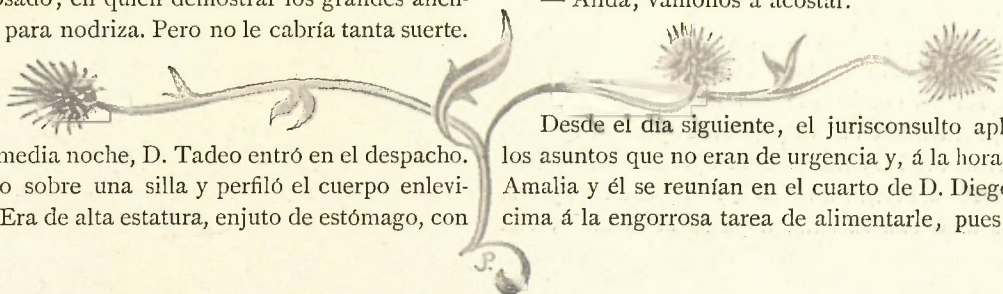
Salazar reprimió un movimiento de enojo.

— Justa es tu insinuación,—replicó con calma;— procederé en lo sucesivo de otra manera... para que no te aburras tanto.

— Tadeo, no te molestes: no he querido decir eso.

— Anda, vámonos á acostar.

Desde el día siguiente, el jurisconsulto aplazó todos los asuntos que no eran de urgencia y, á la hora de comer, Amalia y él se reunían en el cuarto de D. Diego para dar cima á la engorrosa tarea de alimentarle, pues no quería





tomar nada de manos de los criados. Junto al balcón, en su poltrona de gutapercha, con las rodillas envueltas en una manta y el casquete desnivelado, el padre de D. Tadeo balanceaba su testa drúidica encima de un plato de sopa, con la mirada opaca, la faz inmóvil y el pulso temblón.

— Que se enfría, papá,— avisaba Amalia.

— ¿Era Gonzalito? — preguntaba el viejo.

— ¿Quién?

— El de la pagaduría. ¡Vaya, vaya! Había ido para cura, cuando la... cuando el... Dilo tú.

— Cuando la *jamancia*,— saltaba prestamente Salazar.

— Eso es. ¡Qué Gonzalito!

— Ánimo, papá: adentro con la revalenta.

Cuando la cuchara había recorrido la mitad del trayecto desde el plato á la boca, entraba precisamente Julián con el recado de que el señor Marqués de Urce quería hablar dos palabras por teléfono con el señorito. Salazar se levantaba nervioso, y el demente volvía al plato la cuchara y se echaba á llorar como un niño.

— No, si no me voy, papá. Adentro con la revalenta.

— Ya está casi fría,— observaba Amalia.

Y el distinguido hombre público, reprimiéndose, íbase á ver qué tripa se le había roto al señor Marqués de Urce: los políticos no saben lo esclavos que son hasta que necesitan disponer de su persona.

Los primeros ocho días aguantó D. Tadeo filosóficamente, por un esfuerzo de voluntad, aquel proceso doméstico de menudencias que bruscamente le hacían descender desde la cima de sus altas ideas hasta la pobre realidad que encarnaba D. Diego en su estado de chochez y desvarío; mas la lucha de ambiciones, de la cual estaba apartado momentáneamente, le mandaba por cien conductos su eco apasionado: costábale ya trabajo contener el ansia de mezclarse en la pelea, y la nostalgia del aplauso tentale nervioso y cejijunto.

Se buscaron enfermeros: se tomaron los mejores entre la multitud de hambrientos que solicitaban la plaza, hombres de corazón amargo que se agarraban á la colocación con tristeza; los humillados, los desposeídos, los incolocables. Uno tras otro era preciso despedirles, cada uno por un motivo diferente, y de ninguno de ellos recibió en tanto el anciano la atención afectuosa que necesitaba.

Salazar hizo un esfuerzo desesperado. ¿Era realmente posible que la ciencia no tuviese medios de aliviar á su padre? Y dió comienzo el rápido desfile de médicos: las notabilidades campanudas y las medianías discretas; vino la fiebre de consultas, y el mareo de tanta opinión ambigua envuelta en terminachos, y los planes curativos tan pronto puestos en planta como abandonados por ilusorios. Y entre tanto doctor (¡qué lástima!) ninguno había que supiese la pildora maravillosa que convierte á un anciano degenerado en un ser nuevo y razonable.

Á mediados de invierno era ya visible el desaliento del prohombre. En la casa todo respiraba mal humor y cansancio. En las comidas silenciosas, D. Tadeo, más inapetente, agravado en su dispepsia, se fijaba en Amalia, que iba perdiendo los colores. Una opresión lenta, irremediable, se hacía sentir á todas horas; y cuando, por la tarde, Salazar ó ella sacaban á paseo al inválido, una

porción del mismo ambiente se metía con ellos en el coche.

De esta suerte transcurrieron los meses fríos, los tristes y lluviosos, largos y uniformes. El demente exigía mucha asiduidad, porque estaba lleno de aprensiones: sentía en el estómago bichos, pajarracos, personas, y preguntaba sin cesar en qué pararía todo aquello. Una y mil veces era menester repetirle que no hiciese caso, que era cosa del momento, figuraciones de escrupuloso.

Luchaba Salazar contra la displicencia engendrada por la continuación implacable de aquellas insignificantes





molestias, esforzabase en robustecer su voluntad; pero conocía que el tejido de la vida se le iba escapando así estérilmente, hilo por hilo. Para poder atender á los más precisos asuntos sin echar sobre Amalia toda la carga doméstica, robaba al descanso las horas de la noche, y, cuando más enfrascado estaba en sus lucubraciones y más distante de la prosa, surgía de pronto el zipizape de los aullidos:

— ¡Arsénicooo! ¡Arsénicooo!...

Los nervios del grande hombre no podían soportar tanto.

En Abril, los partidos se aprestaban á reventarse en los comicios: vino escuetamente la noticia, el choque eléctrico que desbarató de golpe la entereza del jurisculto. Gardúñez, el desvergonzado Gardúñez, lucharía con Salazar en el mismo distrito. Ya podía D. Tadeo aguzar la lengua, sacudir toda traba, multiplicarse, dejarse de historias, si no quería que el enemigo implacable cuyo solo nombre le encendía en ira, aprovechase aquella ocasión para derrotarle.

Amalia conoció el estrago que la noticia había causado en su marido y presintió algo terrible que se cernía en el aire.

La víspera de la cosa, el hombre superior comunicó á su consorte lo que había resuelto. Amalia no pudo pegar

los ojos en casi toda la noche, y un momento que se quedó traspuesta le pareció hallarse en un valle muy hondo, dantesco, donde todos los árboles tenían rostro humano y todos los rostros barbas blanquísimas, y que las ramas eran brazos desnudos y que de las bocas negras salían gritos desesperados:

— ¡Quiero morir! ¡Quiero moriiiiir!...

Amaneció por fin. Nada parecía haber cambiado. D. Diego tomó su desayuno en la cama con muchas alusiones al célebre Gonzalito, el de la *jamancia*. Julián lavó y aseó al señor. D. Tadeo, muy pálido y cerrado, atendió á los pormenores del traje y, por su mano, le anudó el lazo de la chalina. Después Amalia abrazó silenciosa al pobre abuelo y fué á ponerse detrás de los cristales con el corazón desasosegado. Abajo, en la calle, esperaba un cupé, y dentro del cupé venía un caballero, pero no se le veían más que las piernas.

¡Oh! ¡Qué pena daba, qué lástima, ver al viejo arrastrando los pies, encorvado, del brazo de su hijo, yéndose á acabar la vida á donde no hubiera hogar que entristecer! ¡Qué medrosa quietud dejaba en la casa! Cuando el cupé hubo doblado la esquina, Amalia se volvió atontada hacia la butaca de gutapercha.

— Ya no se sentará más... nunca más...

MANUEL LASSALA







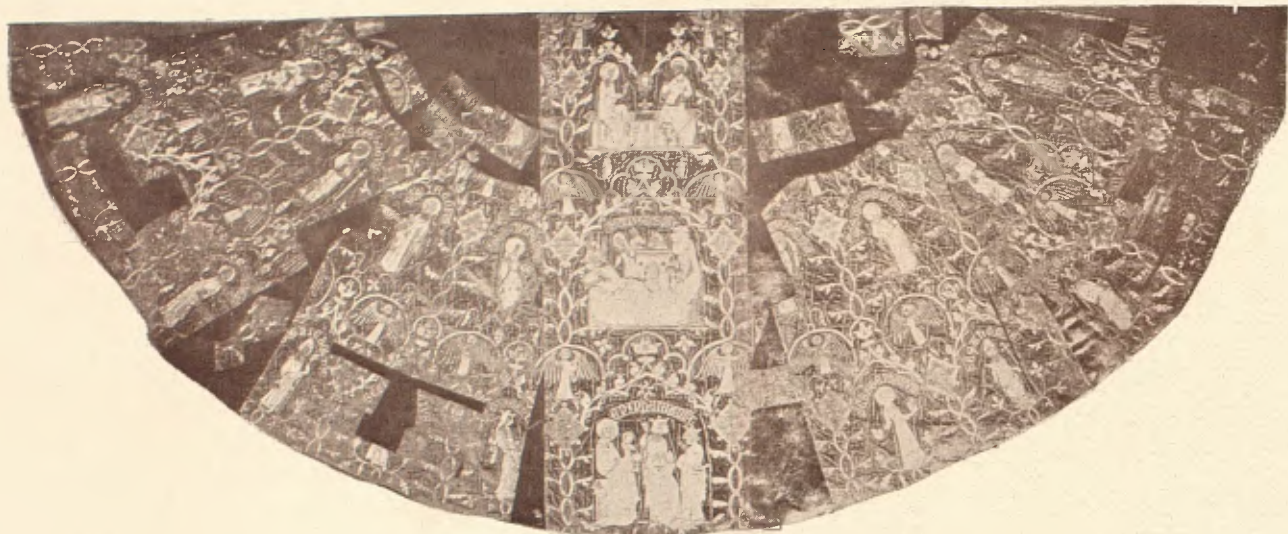
FAUNA FLAMENCA  
COMPOSICION DE R. CANALS





LA MERIENDA DE LOS PATOS  
COMPOSICION DE J. MIR





## CAPA PLUVIAL

DEL OBISPO BELLERA EN EL MUSEO EPISCOPAL DE VICH

Es la capa que reproducimos en este número una admirable joya del arte del bordador en el matizado de seda y oro. Su riqueza la adivinarán, quienes no la hubiesen visto, con el solo examen del conjunto de dicho ornamento eclesiástico y de los dos fragmentos que damos separadamente. Sobre fondo de rico tejido resplandecen los pasos sacados de la vida de Jesucristo Señor Nuestro y las imágenes de los Príncipes, Apóstoles, Mártires y Vírgenes de su Iglesia, hábilmente combinados todos y enlazados con soberbias representaciones de las milicias angélicas. En todo hay una severidad que se impone al ánimo; en todo reina un arte purísimo, el arte que á tan prodigiosa altura llevaron los maestros de los siglos XIV y XV en todos los órdenes.

En Junio de 1377 murió el Obispo Raimundo de Bellera, de quien se sabe por un necrologio que guarda el Museo Episcopal de Vich, propiedad del Cabildo Catedral, que había donado á la Iglesia Vicense *dues pulcres capelles unam de velluto vermilio et altram de diaspra nigro cum pulcherrimis frisaturis*, ó digase «dos hermosas capas, una de terciopelo encarnado y otra de diaspra — nombre de un tejido medioeval — negro con hermosísimas bordaduras». La capa de terciopelo encarnado á que se refiere el necrologio es la misma de que hablamos en estos párrafos. Parece que en 1368 no había hecho aún el Obispo Bellera donación de aquel soberbio ejemplar del arte textil, pues no se le cita en un inventario del referido año. Entraría á formar parte de las joyas de la Catedral Vicense entre el año 1368 y el de 1377 en que murió el Obispo donador. En un inventario del siglo XV se menciona entre las preciosidades de la Catedral: *Item una capa gran e bella de vellut vermell tota obrada d'aur ab imatges, folrada de taffeta verd la qual fo de Mossen Ramon de Bellera apellada capa bisbal*; y en otro inventario de principios del siglo XVII se añaden estos pormenores: *Item altra capa dita la gascona la qual es de vellut carmest tota brodada de fullatges y ab algunes Imatges de Sancts y Angels entre dits fullatges ab son fres ab sinch Imatges á cada part ab la capella molt xica ab dos Angels al entorn ab uns incensers al peu.*

Esta magnífica obra de imaginería cristiana y de bordura fué hecha pedazos á mediados del siglo XVII con el intento de hacer con ellos, según se realizó, un paño de atril, un cubremisal y dos dalmáticas pequeñas para los acólitos, añadiéndoles paramentos verdes y aplicaciones sacadas de otros ornamentos litúrgicos; con todo lo cual se hacía difícil poder deducir el primer destino de la fastuosa prenda confeccionada con tales fragmentos. Personas peritas en la historia de los ornamentos cristianos lo adivinaron empero, hallándose la confirmación de sus suposiciones en los textos de los inventarios mencionados. Adquirida esta convicción, era asunto de intentar la manera de llevar á feliz término la restauración de la capa del Obispo Bellera. En todo esto intervino y lo llevó á feliz







realización, con una paciencia de beneditino y con una inteligencia de arqueólogo consumado y de artista, el joven sacerdote Rdo. D. José Gudiol y Cunill, Pbro., adscrito al Museo por acertadísima disposición del Excmo. é Ilustrísimo Dr. D. José Morgades y Gili, que hoy tan sabiamente gobierna la diócesis de Vich. Cuanto dijéramos en elogio del Rdo. Gudiol sería poco: lo comprenderán nuestros lectores con sólo contemplar los grabados de la capa; se convencerán plenamente de ello cuantos visitaren el Museo Episcopal Vicense, emporio del arte cristiano debido á la ilustración, al buen gusto y al celo nunca bastantemente ponderados del Ilmo. Morgades. Al reverendo Gudiol, solícito siempre en procurar el enaltecimiento é incansable en favorecer á cuantos acuden á él, debemos igualmente las interesantes notas que constituyen lo más sustancioso de estas líneas.

Entre los asuntos que más descuellan en la capa del Obispo Bellera ocupan lugar privilegiado *La Epifanía*, *El nacimiento de Jesús* y *Jesucristo después de haber coronado á su Santísima Madre*; donde brillan por modo admirable la sencillez más encantadora y á la vez la mayor grandiosidad. Son obras típicas de la imaginería medioeval, que se completa con el ornamento litúrgico (materia de estos párrafos), con las diversas imágenes de Santos y Santas que en él aparecen asimismo, todas severamente concebidas, y con los ángeles y arcángeles, príncipes de las milicias celestiales. El dibujo de éstos, la disposición de la imaginería en la capa, y la misma índole del bordado, ha sido causa de que arqueólogos reputados (entre ellos el arquitecto Mr. Luis de Farcy, de Angers, gran conocedor de cuanto se refiere á la historia del bordado) hayan puesto la capa del Obispo Bellera entre las llamadas *Capas inglesas* ó *de opus gallicum* al lado de la capa llamada *de Sión*, en el Museo de South Remington, y de la que existe en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, de idéntico carácter. Confirma esta opinión, digna del mayor respeto, el que se la designe por *capa gascona* en el inventario hecho en los principios del siglo XVII y el que sean ingleses muchos de los Santos bordados en ella. Es muy cierto, además, que las figuras de ángeles esparcidas en la capa, y bordadas en oro, plata y seda, traen enseguida á la imaginación las imágenes de igual categoría que se ven en las capas de los Museos de South Remington y Arqueológico Nacional, admitidas ambas como productos de *opus anglicum*. Entre los Santos y Santas se encuentran San Eduardo, San Clemente, Santa María Magdalena, San Nicolás, Santa Margarita, Santa Catalina, San Tomás de Cantorbery, Santa Águeda, San Albano, San Edmundo, San Mateo y otros santos apóstoles. La restitución á su pristino estado, en lo posible, de la capa del Ilmo. Bellera, que extendida mide 3'20 metros, es, por lo tanto, una obra digna del más caluroso elogio y que no hubiera podido acometerse sin el decidido apoyo del Obispo Dr. Morgades y la permisión del Cabildo Catedral, que dió, al otorgarla, prueba evidente de amor al arte cristiano y á las glorias de la Religión Católica.

F. MIQUEL y BADÍA





En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Dario, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faenza, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geógrafo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reúne excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística*, EDUARDO de ADARO.—Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

*El Secretario General,*  
(Rubricado)

Luis M.<sup>a</sup> Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*



# AZULEJOS

## CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el Extranjero

Nuevo elemento para la decoración de chimeneas, frisos, artesanos, muebles & c.

1899

Pídase  
el  
Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles  
39 Bailén. Barcelona



# ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

**hermenegildo Miralles, Editor**

59, Calle de Bailén, 70

•BARCELONA.

